

## ADVERTENCIAS

---

Apenas habrá motivo ó fundamento de censura que no vea yo cada vez con mayor claridad, según voy adelantando en la formación de este FLORILEGIO. Sus defectos son evidentes. Los que me parecen irremediabiles, al menos por mí, tal vez se atenúen y consigan perdón ó indulgencia cuando yo los explique. A los que yo creo que tienen remedio, procuraré dársele en las notas biográficas y críticas que serán el contenido del tomo V de esta obra.

Alguien dirá que quiero yo rebajar la justa fama y la elevación de nuestros más egregios poetas, poniendo al lado y al nivel de sus obras las de otros poetas olvidados hoy ó que tal vez no salieron nunca de una oscuridad relativa.

Zorrilla, es sin duda el más popular, el más glorioso de cuantos poetas me prestan

obras tuyas, para componer este tomo III, y Zorrilla sin embargo, ni por la cantidad ni por la cualidad se levanta y sobresale entre los demás poetas que van en dicho tomo. Yo, sin embargo, no podía hacer las cosas de otra manera. Aunque en todas las obras de Zorrilla resplandece la marca de su originalidad genial y de su espontánea y maravillosa fantasía, más se advierte esto en lo dramático y en lo épico que en lo meramente lírico. De lo épico nada completo cabía en mi FLORILEGIO, á causa de su grande extensión. Nada cabía tampoco de lo dramático porque yo solo colecciono composiciones líricas ó breves narraciones. De aquí que Zorrilla pueda aparecer, menor de lo que es, si sólo se atiende á los versos coleccionados y si no se recuerda lo que digo en la *Introducción* y si no se tiene en cuenta lo que he de decir más adelante en las notas del tomo V.

Peor tratados quedan y más quejosos pudieran estar de mí otros notabilísimos poetas de cuya inspiración presento pocas muestras ó no presento ninguna, por lo mismo que la brillante gloria que tienen como dramaturgos anubla, cuando no eclipsa y oscurece del todo, el mérito que tienen ó que pudieron adquirir como líricos. Así

Don Juan Eugenio Harzenbusch, Don Antonio García Gutiérrez y el fecundísimo y ameno Don Manuel Bretón de los Herreros de quienes pongo muy pocas composiciones; y así, en mayor grado aún, porque nada pongo de ellos, Don Manuel Tamayo y Baus, Don Eugenio Sellés y Don José Echegaray.

En este tomo III, incluyo en cambio no pocas poesías de vates, ó ya casi olvidados ó que nunca obtuvieron gran notoriedad, favor y atención del público, aunque á mi ver no por culpa de ellos, sino por mala ventura, por la poca afición que hay á los versos, por la estupenda y viciosa abundancia con que se producen y por extravío ó mengua de la facultad estética que se llama buen gusto, algo pervertido con frecuencia entre nosotros. De estos poetas, olvidados ya ó nunca conocidos y estimados, incluyo en este tomo composiciones de Don Juan Floran, Marqués de Tabuérniga, Don Baltasar Lirola, canónigo del Sacro Monte de Granada, Don Fernando de la Vera é Isla, diplomático muy estimable, Don José García tan elegante, inspirado y castizo como modesto, y Don Fernando Velarde, cuyo poderoso estro no puede menos de admirarnos á pesar de la exuberancia y del desorden

que le perjudican y cuyas peregrinaciones por la América que fué española le hacen semejante á Don José Joaquín de Mora, influyendo como éste en la cultura de aquellas nuevas y remotas naciones. Para ponderar el olvido, el desdén ó la carencia de noticias que ocultan hasta hoy el valer de los mencionados poetas, baste decir que ni siquiera mienta á ninguno de ellos, salvo á Don Fernando de la Vera y á Don Fernando Velarde, un sujeto tan diligente en sus informaciones como el Padre Blanco García, y tan esmerado y cuidadoso de no dejar fuera de su cuadro figura alguna de importancia.

Harto reconozco yo que pecan por dos opuestos extremos, algunos de los poetas, de quienes en este FLORILEGIO hay ya composiciones insertas. El mérito de dichas composiciones se menoscaba así y se deslustra no poco; pero, á pesar de todo, tales composiciones no pueden ni deben relegarse al olvido nunca, y mucho menos en el día en que la corriente del tiempo á fuerza de pasar sobre ellas no ha logrado arrastrarlas muy lejos, arrancándolas de la memoria reciente de admiradores entusiastas. Uno de los dos opuestos extremos censurable es la escasez de inspiración y de energíá poéti-

cas, disimuladas ya que no compensadas por el estudio, por la crítica juiciosa y por la corrección y el primor del estilo. Conviene que versos de esta condición, persistan y se estudien, ya que mejor y con menos peligro que los muy inspirados pueden y deben servir de modelo á la juventud estudiosa, ó á fin de componerlos sin desatinar, ó á fin de comprender y de reprobar los disparates y extravagancias de poetas verdaderamente inspirados en ocasiones pero descarriados por la caótica confusión de sus ideas y por una audaz ignorancia.

Ningún arte requiere menos aprendizaje, menos preparación y especiales estudios que el de la poesía. Mucho hay que estudiar y mucho en que ejercitarse antes de ser músico, pintor, escultor ó arquitecto. Para ser poeta basta saber la lengua en que se poetiza, lengua que previamente se supone sabida y empleada en otros mil menesteres. En cuanto á la forma pues, nadie para ser poeta se considera desapercibido. Y en cuanto al fondo, bien puede el númen infundirle, sin que el vate tenga que calentarse la cabeza. Ocurre además, y yo confieso que no muy raras veces, que lo infundido por el númen, casi sin que el poeta en quien el númen lo infunde lo comprenda y

lo ilustre con la reflexión crítica, aparezca en sus versos con mayor espontaneidad y lozanía que lo reflexionado y premeditado, y adquiriera visos y vislumbres, por lo mismo que su mortal autor es inconsciente, de una cooperación sobrenatural ó semidivina.

En España, donde todavía se estudia poco, donde la educación primaria suele estar muy descuidada y donde particularmente durante la fuga revolucionaria del romanticismo se hacía gala de no estudiar para que el Pegaso sin la pesada carga y sin el freno de los estudios volase más ligero, tal mezcla de admirables aciertos y de feos errores, de luminosos rasgos y de lunares oscuros se nota más que en otros países. Y esto, no sólo por el descuido en la educación literaria, sino también, y perdónese-me la vanidad patriótica, por la nativa aptitud y por la extraordinaria agudeza de ingenio de que los españoles suelen estar dotados.

Válgame lo expuesto de disculpa, contra los que me acusen de que hay en algunas composiciones poéticas de las que incluyo en mi *Florilegio*, faltas de toda clase, ora confusión, ora desorden ó carencia de plan, ora algo que un juez severo podría calificar de desatino. Pero, en los poetas que en ta-

les pecados incurren, pecados que yo no señalaré porque el discreto lector los descubrirá sin que yo los señale, resplandecen tan altas dotes y hay tantas bellezas, que nos impulsan á echarles nuestra absolución y á darles nuestro aplauso. Incluyamos sus obras en el número de aquellas á que alude el maestro de los Pisones cuando dice:

Ubi plura nitent in carmine non ego pausis  
Offendar maculis.....

De desear sería, sin embargo, que no hubiese manchas; pero aunque las manchas no sean pocas y hagan que entren con dificultad en la citada sentencia latina las composiciones en que se hallan, todavía es lícito y hasta plausible que en esta colección las insertemos, porque no insertamos sólo aquello que puede y debe servir de dechado, sino también aquello que logró ser admirado en su día ó que lo es aún, aunque no por completo lo merezca. Para mayor severidad que la mía ó se requiere menos blando carácter ó que pase mucho tiempo sobre el que ya ha pasado.

Con el entusiasmo poético que produjo en España el romanticismo, adquirió también nuestra literatura, en cierta clase ó género, joyas de más alto valor que nunca.

Me refiero á la poesía lírica escrita por mujeres. Si prescindimos de Santa Teresa, cuya religiosa inspiración hasta en verso la encumbra sobre las demás, nunca habíamos tenido tan inspiradas, elegantes y originales poetisas como Doña Caroliña Coronado y Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda. Ambas descuellan por su indisputable mérito, sin que atine yo á declarar cuál de las dos merece ser preferida. Creo á la Avellaneda más diestra, más docta, dirigiendo mejor en sus composiciones el vuelo de la fantasía por el reflexivo criterio y templando mejor también el fuego de la pasión con el magisterio del arte; pero en cambio es la Coronado más sincera, más espontánea, más original á veces y siempre más mujer, ó sea menos parecida en cuanto escribe á los hombres poetas, representando en suma más distinta y exclusivamente el *eterno femenino*.

Conviene notar aquí que yo excluyo de esta colección, por regla general, á los poetas hispano-americanos. Parte es cuanto han escrito de la literatura española. La ruptura del lazo político que nos unía no basta á romper los más firmes y persistentes lazos del idioma y de la casta ó de la sangre. Mientras nuestra casta no se hunda, mien-

tras la inmigración no la ahogue ó la desvanezca, las letras y toda cultura, desde Tejas y California hasta el Estrecho de Magallanes, seguirán siendo una prolongación de las letras y de la cultura de España: serán acaso ramo más frondoso, más florido, más abundante en frutos que el árbol mismo, pero conservarán indeleble el sello y carácter del tronco en que se sustentan y del que no acabarán de desprenderse por completo.

A pesar de lo dicho, no he de negar yo que algo de exclusivo y de muy singularmente propio, hay ó debe de haber en lo hispano-americano que de lo español peninsular lo distinga. Por esto no he querido incluir ni he incluido en mi colección poesías castellanas de americanos, salvo las de algunos pocos que por adopción y por su larga permanencia entre nosotros pueden considerarse como si hubieran en España nacido. Tales son la mencionada doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, D. Rafael María Baralt y D. José Heriberto García de Quevedo. No hablo de otros, por ser más evidente aun la razón de que aquí se incluyen. D. Ventura de la Vega, D. Juan de la Pezuela y D. Antonio Ros de Olano, por ejemplo, sólo son americanos por accidente;

porque nacieron en nuestras antiguas colonias del otro lado del Atlántico pero de quien allí servía al gobierno de la madre patria.

Fuera de las mencionadas raras excepciones no he contado yo con los poetas hispano-americanos para formar la presente colección. Una bastante completa, aunque limitada á los poetas que ya murieron ha formado con el saber y con el exquisito buen gusto que siempre le distingue don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Esta colección, que lleva por título *Antología de poetas hispano-americanos*, fué publicada por orden de la Real Academia Española, para celebrar, en el año de 1892, el cuarto centenario del descubrimiento de América. La composición y el orden de la *Antología* fueron encomendados al ya mencionado D. Marcelino, y la obra en cuatro volúmenes en 4.º de cerca de 500 páginas cada uno, apareció sucesivamente en los años de 1893, 1894 y 1895.

No contiene solo esta obra versos de los más importantes entre los muchos poetas que ha habido en la América española sino también extensas, eruditas y muy discretas disertaciones sobre la historia literaria de cada una de las Repúblicas en que la América española se divide en el día.

La fecundidad poética no ha sido menor que en la madre patria en aquellas regiones trasatlánticas durante el siglo XIX.

A la citada *Antología* me remito, recomendándola encarecidamente á cuantos aspiren á completar el conocimiento de la poesía castellana en el siglo pasado. Así justifico además la omisión en mi *Florilegio* de las composiciones de no pocos poetas, muy notables algunos de ellos y que nacieron y florecieron cuando todavía su suelo natal estaba bajo el dominio de España. Así por ejemplo en Cuba, D. José María Heredia y D. Juan Clemente Zenea; en Méjico, don Manuel Eduardo de Gorostiza; en Venezuela, D. Andrés Bello; en el Ecuador, don José Joaquín Olmedo; en Colombia D. José Eusebio Caro y D. Julio Arboleda; y en el Perú, D. Felipe Pardo y Aliaga.

Multitud de poetas de no escaso mérito, han brillado además, después de hallarse su patria en plena independencia de la metrópoli, cuyos versos entran en el tesoro de la ya mencionada y rica *Antología*; pero mayor acaso y de igual ó de superior valer es el número de poetas hispano americanos, no incluídos en la *Antología* del Sr. Menéndez por estar aun en vida. Así v. gr. don Rafael Obligado y D. Calixto Oyuela, en

la República Argentina; D. Juan Zorrilla de San Martín, en el Uruguay; en el Perú, D. Ricardo Palma, y en Colombia, D. Miguel Antonio Caro, D. Rafael Núñez, don Rafael Pombo, D. Jorge Isaacs, D. Antonio José Restrepo y D. Antonio Gómez Restrepo, el cual vivió algunos años entre nosotros, como Secretario de la Legación de su República, dejándonos mil amistosos recuerdos, y un tomo de preciosas poesías, publicado en 1893.

Como se vé la vena poética hispano-americana, ha sido durante el siglo XIX, no menos abundante que la peninsular española. Para formar cabal y debido concepto de tanta riqueza, sin acudir á los libros que contienen separadamente las poesías de cada singular poeta, convendría leer algunas *antologías ó parnasos* que en América se han publicado, como el *Colombiano* de 1886, impreso en Bogotá. Si esto no bastase se podría acudir, sobre el estudio de la *Antología* del Sr. Menéndez, al estudio de aquella parte de *La literatura Española en el Siglo XIX*, dedicada por el Padre Blanco García á la poesía hispano-americana.

De todos modos, y aunque poco de esto nos incumba expóner aquí, importa tener presente el florecimiento de la lengua de

Castilla en América y los vínculos de fraternidad que por su medio se conservan y aun pueden y deben estrecharse más entre los americanos y los españoles de Europa.

Signo es de la vitalidad y pujanza de una raza que su idioma persista, que se extienda por muchas regiones, y que sea hablado ó escrito por muchos millones de hombres. Así el inglés con el que debe emular el castellano. Independientes son ya del Imperio británico muy populosas colonias. Otras, muy florecientes y ricas también, como el Canadá y la Australia, gozan ya de amplia autonomía; pero todas siguen rindiendo vasallaje y se complacen en no sacudir el yugo de aquellos gloriosos soberanos de la idea y de la palabra que las mantienen unidas con tan dulces como firmes cadenas.

El dominio de Shakespeare y de su brillante comitiva sin duda durará siglos. Lo que Júpiter prometió á Venus, en favor de los romanos, Apolo, en consideración á grandes poetas y escritores, lo prometerá también á los ingleses. ¿Por qué, pues, no hemos de esperar los españoles igual promesa é igual decreto del Numen? ¿Valen menos Cervantes, Lope, Tirso, Calderón, ambos Luises y tantos otros que por los es-

pañoles interceden? ¿No merecen que por ellos diga también el dios de Delos

His ego nec metas rerum nec tempora pono:  
Imperium sine fine dedi. . . . . ?

Digo lo que antecede para contrarrestar hasta donde llegue á mi alcance, la extraña manía que ha invadido últimamente algunos pueblos hispano-americanos de inventar ó de adoptar idiomas nuevos. Por fortuna, aunque modestamente confesemos nuestra decadencia política, no veo yo, ni confieso, la menor decadencia en la esfera del pensamiento, ni hay por ello razón, ni causa para que nadie despida á su ministro el lenguaje ó contra él se rebele. Hermosas muestras de su poder sigue dando en España y yo me lisonjeo de que este *Florilegio* lo pruebe. Y en esa misma América, donde algunos díscolos y extraviados personajes se empeñan en despedirle, no ha dejado de dar, en el último siglo, muestras de su vitalidad y de su vigor, no menos abundantes y hermosas.

Sin salirnos de nuestro asunto y limitándonos á los poetas, no lleva trazas de perderse nuestro idioma, ni en la América Central, donde han escrito Batres é Irisarri y de donde es Rubén Darío; ni en Ve-

nezuela que, además de Bello, Baralt García de Quevedo, puede jactarse de Gómez Calcaño, de Pérez Bonalde y de Miguel Sánchez Pesquera: ni en el Ecuador, donde el estro de Olmedo vive y agita después á Juan León Mera y á Numa Pompilio Llona; ni en la misma República Argentina, la más cosmopolita de todas y donde es más crecida la irrupción de los emigrantes, y donde, sin embargo, hubo y hay poetas, á más de los ya citados, tan eminentes y tan castellanos por la forma y por la palabra, como José Marmol y Olegario Víctor Andrade.

Nos asegura por último la duración de nuestro sér castizo y de nuestro lenguaje en América, el auge y la prosperidad de la República Mejicana donde tanto abundan los buenos escritores, así en prosa como en verso. Bien lo manifiesta la preciosa *Biblioteca* que Don Victoriano Agüeros está publicando en Méjico, á imitación de la que de autores castellanos publica en Madrid Don Mariano Catalina. En Méjico la vida intelectual sigue siendo vigorosa y fecunda. Concretándonos á los poetas, nos complacemos en citar á Don José Joaquín Pesado, á Don Manuel Carpio, á Don José Peón y Contreras, á Don José M. Roa Bársena, á



Don Ignacio M. Altamirano, á Don Vicente Riva Palacio, á Don Alejandro Arango y Escandón, á Don Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares y á Don Francisco A. de Icaza.

A pesar de tan caudalosa corriente de poesía castellana, que brota y se extiende por el Nuevo Mundo, ni se agotan los veneros de la península ni van menos pobres sus ríos como yo me lisonjeo que en el presente volumen se nota. Ni en apariencia los empobrece el reciente divorcio de algunos claros ingenios de Cataluña, entre los cuales descuella el admirable vate épico y lírico Mosén Jacinto Verdaguer, cuya muerte lamentamos en estos días.

No quiero discurrir aquí sobre lo que por exuberancia de savia ha de considerarse lisonjero y sobre lo que por implicar cierto desvío puede mirarse como ominoso, en el rico renacimiento de la lengua literaria de Cataluña. Contentémonos con afirmar que los que escriben en catalán siguen siendo españoles, y son, si escriben bien, gloria de España, y que muchos de los más excelentes prosistas y poetas catalanes, escriben aun en castellano á pesar del mencionado renacimiento. Así Don Jaime Balmes, Don Víctor Balaguer, y Cabanyes y Arolas y Coll

y Vehí y el egregio y simpático poeta mallorquín Miguel Costa, con algunas de cuyas hermosísimas composiciones enriqueceremos el tomo IV de este *Florilegio*.

Quiera Dios que lo contenido en este tomo III, que empieza en Zorrilla y termina en Becquer, dé al público la misma alta idea que tengo yo de la originalidad y hermosura de la poesía castellana contemporánea.

FIN DEL TOMO III